



## Comentario bibliográfico

**Van der Steen, Jasper: *Memory Wars in the Low Countries, 1566-1700*, Leiden, Brill, 2015.**

**Maricel Gómez**

*Universidad de Buenos Aires*

*marujagomez1967@gmail.com*

*Fecha de recepción: 30/09/2017*

*Fecha de aprobación: 06/12/2017*

**U**na de las múltiples tareas que se encuentran en el seno de la labor historiográfica tiene que ver con el tratamiento de la memoria colectiva a lo largo del tiempo. La forma en la que los seres humanos conciben, resignifican y dan sentido a su pasado es un objeto de estudio más que interesante. Es claro que en este proceso habrá cosas que se recordarán con más ímpetu en detrimento de otras que inconscientemente —o de manera intencional en mayor medida— se tratan de olvidar. Un gran ejemplo de ello se evidenció durante la conformación de la mayoría de los Estados Nacionales a principios del siglo XIX y a lo largo de Occidente, cuando cada país buscó delimitar qué era lo propio de cada uno, y en qué se diferenciaba de los otros.

La búsqueda de recuerdos que pretendan unificar aquellos acontecimientos pasados de un colectivo social es un trabajo que no está exento de dificultades. Esa “historia en común” pertene-

ciente a un grupo de personas está tapizada de acontecimientos trágicos, momentos de resistencia a un opresor, momentos de gloria, entre otras posibilidades.

En el caso que nos convoca, la Revuelta de 1566 en los Países Bajos fue un punto de partida para los reclamos de los nobles holandeses contra el yugo Habsburgo. El descontento de los mismos frente al gobierno de la hermana del rey Felipe II (1527-1598), Margarita de Parma (1522-1586), abrió paso al caos: el estallido de las Furias Iconoclastas, que significó la destrucción de las inmediaciones eclesiásticas, símbolos y santos católicos, sumada a la reacción nobiliaria y popular, determinaron la decisión del “rey prudente” de enviar a Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel (célebremente conocido como el duque de Alba) para atenuar las aguas. Como resultado, el enviado restauró a sangre y fuego la paz en medio de una tensa situación política, siendo ésta la antesala de la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648). Esa contienda es el escenario del cual parte el investigador Jasper van der Steen para introducirnos en el largo y sinuoso camino de la construcción del pasado de la actual Holanda.

En su libro *Memory Wars in the Low Countries, 1566-1700*, Van der Steen nos abre las puertas a los dilemas de la historia holandesa para explicarnos cuáles fueron los planteos de las diferentes interpretaciones del pasado partiendo de los tumultuosos acontecimientos de la Revuelta de 1566. Ubicándonos en la introducción, el autor se plantea cuáles fueron las formas y los mecanismos para contarnos ese ayer tan presente hasta el día de la fecha, y fundamentalmente, por qué las tradiciones históricas del norte y del sur de los Países Bajos han perdurado en la actualidad.

Este trabajo constituye la tesis doctoral del investigador, graduado de la Universidad de Leiden y actualmente becario postdoctoral de la Humboldt-Universität de Berlín. El libro está dividido en una introducción, siete capítulos y la conclusión final.

Introduciéndonos en la problemática general de la obra, el autor sostiene que la continua división elaborada por los “creadores de memoria” —ya fueran nobles, autoridades reales, etc.— del siglo XVII tuvo un enorme éxito, ya que pudieron moldear el pasado de acuerdo a las necesidades y las luchas de su tiempo, desarrollando de esa manera nuevas e irreconciliables auto-imágenes de las provincias del norte y del sur. De esta manera, a lo largo del trabajo se demostrará que estas formas de forjar una imagen en común por parte de estas dos visiones

canónicas frecuentemente involucran conflictos, razón por la que el autor eligió el término *memory wars*<sup>1</sup> (p. 10).

Vinculada con su preocupación de presentar el problema de la creación de memoria en ambos entornos, Van der Steen hace énfasis en la importancia de la identidad holandesa que se fue gestando en esas producciones. El autor hace una crítica a aquellos especialistas que ven elementos del siglo XIX inscriptos en el período estudiado, indicando la no pertenencia de ciertas categorías de análisis en el estudio de los siglos XVI y XVII (p. 16).

En el capítulo 1, “Memory in the Making: The First decades”, se demuestra que desde el comienzo de la Revuelta de 1566, el manejo de la construcción de memoria estuvo a cargo de autoridades gubernamentales y grupos de interés en los dos discursos que se forman, tanto en el norte como en el sur de los Países Bajos<sup>2</sup> (p. 31). Asimismo, el autor considera que el pasado también fue apropiado en la esfera pública para convencer a la gente de la validez de la interpretación y explicación de los acontecimientos sucedidos (p. 41). En ese sentido, la propaganda rebelde llegó tanto a las élites locales como a la población en general, siendo los medios predilectos las canciones, los panfletos y los impresos.

En el capítulo 2, “Two Historical Canons”, se describe cómo la división entre el norte y el sur de los Países Bajos estuvo seguida por dos lecturas diametralmente opuestas del pasado que adquirieron rasgos canónicos. El norte se mostró plenamente a favor de la guerra y hostil a cualquier intento de conciliar la paz. La cruzada colectiva en contra de la tiranía fue su principal objetivo. La contienda fue en cierto punto una política de Estados.

---

1 Estas *memory wars* (o en su traducción como “guerras de memoria”) son definidas por el autor como aquellas maneras de producción de memoria que van adquiriendo forma mientras que diferentes grupos políticos usan interpretaciones opuestas de ese pasado común para justificar sus desacuerdos políticos. Es evidente que el grueso de la interpretación del autor es demostrar cómo operó el conflicto político en este caso en especial.

2 En claro vínculo con este punto, puede deducirse también que esas narraciones de los sectores más privilegiados no estuvieron carentes de controversias. Peter Burke decía que: “Dada la multiplicidad de identidades sociales y la coexistencia de memorias opuestas y alternativas (familiares, locales, de clase, nacionales, etc.), conviene pensar en términos plurales sobre los usos de la memoria por distintos grupos sociales, que muy bien pueden tener distintas visiones de lo que es significativo (...)”. Ver Burke, Peter: *Formas de Historia Cultural*, Madrid, Alianza, 2000, p. 80.

Respecto a la estructura narrativa de la visión norteña, sus argumentos estuvieron fuertemente influenciados por el Antiguo Testamento y parte del relato que constituyó la “leyenda negra” española. Así, el rey español Felipe II representó para ellos una especie de tirano que oprimió al pueblo holandés, los cuales se auto-adjudicaron el papel de “pueblo elegido de Dios” de la misma manera que los hebreos en el texto bíblico (p. 75). Varias de las características que nuclearon esas producciones tuvieron en común elementos como el uso de la propaganda de guerra, focalizándose no sólo en aspectos religiosos, sino también en narrativas ya existentes dentro del colectivo social.

Por otro lado, en el sur se llevó a cabo un proceso de “prácticas del olvido” (*practices of oblivion*). La política de la dinastía Habsburgo se enfocó en la difusión de una lectura fuertemente católica y dinástica de su propio pasado, que hizo que las autoridades locales ejecutaran una férrea persecución a quienes contaran un relato alternativo al oficial. Así, las prácticas de autocensura fueron moneda corriente en esas tierras (p. 83).

La diferencia que traza el autor entre los relatos del norte y el sur es muy clara. Mientras que en el primero se celebró la guerra contra el Imperio español, en el segundo se enfatizó la continuidad dinástica y el triunfo del catolicismo sobre los herejes. Van der Steen sugiere también que ambas visiones canónicas no se deben ver por separado, sino que sus propios contenidos se complementan. Aunque cada una se desarrolló de manera autónoma, ambas contemplaban la idea de una prematura unidad nacional (pp. 106-107).

En el capítulo 3, “Dynastic Identity and the Revolt”, se propone reconstruir aquellos testimonios de las clases privilegiadas que prevalecieron en la Revuelta y cómo permanecieron en las memorias norteña y sureña luego de la década de 1560. El predominio de la dinastía Orange en el norte y el de la casa Habsburgo en el sur han prefigurado elementos que de alguna manera colaboraron en la producción de memoria en ambos territorios, además de la forma en la que lidiaron con la construcción de sus propias historias de familia (pp. 108-109).

Primero, el sur de los Habsburgo de principios del siglo XVII negó buena parte de los eventos de la Revuelta en consonancia con las políticas del olvido. La casa reinante en el sur decidió

producir un *revival* del catolicismo mediante la promoción del culto a los santos, el patronazgo a las emergentes órdenes religiosas y la veneración de las reliquias (p. 123).

En sentido contrario, en el norte se tomó como punto de partida la Revuelta del año 1566 como el quiebre definitivo con el pasado, con el objetivo de confirmar su *status* y privilegios como príncipes, como mencionamos anteriormente. La participación de la familia noble y relativamente nueva de los Orange legitimó su propio accionar de ruptura con respecto a un ayer que era contrario sus principios y costumbres<sup>3</sup>. Los Orange requirieron formas no tradicionales para su auto-representación dinástica, además de acudir a la propia glorificación de la familia mediante su estrecho vínculo con las autoridades urbanas, regionales y nacionales, los adeptos a la dinastía y los integrantes de la misma (p. 129).

En el capítulo 4, “A Contested Past”, se muestra cómo esas *memory wars* a las que alude el autor en la primera mitad del siglo XVI y las memorias públicas de la Revuelta contra los Habsburgo entre 1560 y 1580 sirvieron posteriormente para conformar grupos de influencia para desacreditar opositores en la arena política (p. 142). Dos acontecimientos vertebran la dinámica del capítulo. En primer lugar, el conflicto religioso entre los partidarios del arminianismo y el gomarismo en la década de 1610. En segundo lugar, las negociaciones entre Francia y las Provincias Unidas para expulsar a los españoles de las tierras del norte que pusieron en jaque a la dinastía Habsburgo.

El norte estaba inmerso en una lucha sin cuartel si de cuestiones confesionales hablamos. En efecto, se puso en peligro la unidad religiosa a causa del debate sobre la doctrina de la doble predestinación entre los adeptos de los doctores Jacobo Arminio y Francisco Gomaro (pp. 143-146). Mientras que el primero consideró que la doctrina de la predestinación permitía a la iniciativa humana rechazar la oferta divina de la salvación, el segundo sostuvo que las ideas de participación por parte del hombre respecto al don divino eran anatema, ya que era más importante la sobera-

---

3 Teniendo en cuenta los peligros que implican la justificación de la imagen de un grupo en particular, Philippe Joutard considera que “puede ocurrir, sin embargo, que una comunidad base su legitimidad y su identidad en el recuerdo histórico. Pero en este caso, la memoria es terriblemente simplificadora: se organiza en torno a un acontecimiento fundacional, estando los hechos anteriores o posteriores asimilados a aquél u olvidados; cuando son memorizados, es por analogía, repetición y confirmación del acontecimiento fundacional”. Ver Joutard, Philippe: “Memoria colectiva”, en Burgière, André: *Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid, Akal, 2005, pp. 468-469.

nía divina. Mientras que la postura gomarista tuvo una mayor aceptación, la arminiana fue perseguida sin cuartel<sup>4</sup>. En este punto, Van der Steen considera que allí hubo un fuerte uso de la memoria para la defensa de posturas políticas y religiosas. Las constantes luchas entre los grupos de interés estuvieron cimentadas en los mismos usos de la historia de los que ellos se valen.

En ambos bandos se discutieron tres tópicos fundamentales respecto a la memoria. En primer lugar, cuál de los dos grupos fue el primero en proclamarse reformado; en segundo lugar, cómo Guillermo de Orange aprovechó esa brecha religiosa entre arminianos y gomaristas; y finalmente, las representaciones del Duque de Alba como el villano más amenazante de las Provincias Unidas del Norte. A pesar de las sucesivas discusiones que se fueron dando, la actuación del político Johan Van Oldenbarnevelt (1547-1619) a favor del avance de los arminianos supuso un grave peligro para su confesión rival. En su *Resolvtie [...] tot den vrede der kercken* (Resolución [...] para la paz de las iglesias), Van Oldenbarnevelt sugirió acordar una política de coexistencia pacífica dentro de la Iglesia, tratando de apaciguar las fuertes tensiones reformadas.

Los argumentos anteriormente dichos fueron utilizados por los gomaristas en contra de los arminianos. Los primeros denunciaron como “antipatrióticos” a los segundos debido al apoyo que tuvo Van Oldenbarnevelt en la tregua de los doce años pactada con España en 1609, suponiendo una humillación para el bando gomarista (p. 145). Años después, la invasión de Mauricio de Nassau (1567-1625) supuso el regreso de la verdadera religión reformada —en referencia al dominio del gomarismo—, y Van Oldenbarnevelt fue sentenciado a pena de muerte, pagando el precio del cadalso en 1619.

En el sur, la pérdida de poder por parte de las élites locales que apoyaron a los Habsburgo dio como fruto una alternativa que se nucleó en una coalición entre la nobleza y el clero para poder avanzar hacia una paz con el norte (p. 161).

---

4 En efecto, la doctrina arminiana estuvo en la mira, y aquellos que se atrevieron a defender esta fe fueron apartados de sus puestos gubernamentales y condenados al exilio. Para examinar con claridad la dinámica entre las diferentes partes y cómo dirimieron sus conflictos es imprescindible el artículo de Di Iorio, Fernando: “Juzgando jueces: una mirada luterana sobre el Sínodo de Dordrecht (1618-1619)”, en Campagne, Fabián (ed.): *Poder y Religión en el Mundo Moderno. La cultura como escenario del conflicto en la Europa de los siglos XV a XVIII*, Buenos Aires, Biblos, 2014, pp. 299-327.

En el capítulo 5, “Stakeholders”, el autor comenta por qué los orígenes de la Revuelta en el siglo XVI permanecieron como un tema de importancia para las visiones del norte y del sur después de la muerte del archiduque Alberto en 1621 y el inicio de un nuevo gobierno de la archiduchesa Isabel Clara Eugenia el mismo año. Consecuentemente, el destino de las élites en la revuelta influyó en su *status* teniendo en cuenta la participación directa en el conflicto y la confirmación de su lealtad a los gobernantes de turno (p. 182).

Considerando el tumultuoso escenario descrito por Van der Steen, las discusiones que se fueron desarrollando sobre la guerra y la paz en el período de 1620 a 1648 se centraron en torno a la reanudación de las hostilidades bélicas en 1621, a la reconciliación entre la República y los Habsburgo en la década de 1630, y la Paz de Westfalia en la década de 1640 (p. 209).

Ubicándonos en el norte, no sólo las historias generales fueron fundamentales en el armado de una memoria común, sino que también las historias personales de ciudadanos destacados implicados en la Revuelta —la mayoría proveniente de la más alta alcurnia— fueron tomadas en cuenta por las narrativas producidas a fines del XVI (p. 186). La bravura con la que se caracterizó a la dinastía Orange fue de la mano con su continua intervención en la arena política, alejándose de la débil figura de una “nobleza pasiva” (p. 191).

Refiriéndonos a la situación en el sur, los intereses personales y familiares de los nobles estaban coartados por la supremacía de la dinastía Habsburgo. La complicada situación española a partir del año 1635 en adelante contempló eventos como el intento de invasión francesa en las provincias sureñas, las revueltas catalana y portuguesa de 1640 y la expulsión de figuras relevantes de la monarquía gobernante, como el valido del rey Felipe IV (1605-1665), el Conde-Duque de Olivares (1587-1645).

En el capítulo 6, “Memories after Westphalia”, se indaga de qué manera las memorias públicas del pasado permanecieron relevantes incluso luego de que la guerra llegó a su fin (p. 216). Tanto en el norte, donde tuvo fuerte impronta la presencia de la dinastía Orange, como en el sur comandado por la casa Habsburgo, el proceso de selección al que estuvo sujeta gran parte de la historia de la que se tuvo conocimiento abogó por aquellas cosas que se pretendían recordar y aquellas que definitivamente estaban condenadas a olvidarse.

En el capítulo 7, “Remediating the War”, se explicitan cuáles son las formas de representar ese pasado continuamente reescrito por medio del festejo de diversos centenarios. Como ejemplo, el autor señala que cien años después del suceso de la gran Revuelta, en 1666, ya se fue consolidando una tradición con el objetivo de celebrar dicho evento en ceremonias seculares y religiosas, quedando más vivo que nunca en los recuerdos del norte, y con menos ecos en el sur, que pretendía desvanecerlo (p. 264).

Van der Steen cree que las narrativas sobre la Revuelta continuaron siendo útiles porque ellas mismas incidieron en eventos como la invasión francesa de 1672 y las consecutivas guerras que tuvo que afrontar Francia (p. 284).

En las conclusiones finales, el autor considera que definitivamente en los Países Bajos del siglo XVII las identidades locales coexistían con los sentimientos de una identidad holandesa (p. 286). A partir de esa centuria, la popularización y la politización de la Revuelta de 1566 tuvieron una gran influencia en las sucesivas escrituras de un pasado común.

Las propuestas del norte y del sur de los Países Bajos fueron como una suerte de “miradas en espejo”, donde la lógica de complementariedad nutría los rasgos, eventos y actores de cada visión canónica (p. 291). Así, se sugiere enfáticamente que las realidades políticas del presente son muy importantes para mantener vivas aquellas memorias públicas del pasado. Si bien los procesos de construcción de identidad han sido atribuidos a los esfuerzos de los historiadores nacionalistas del siglo XIX, el autor argumenta que muchas de las ideas que los últimos adoptan ya habían circulado anteriormente a través de todo el siglo XVIII (p. 298).

Definitivamente, el trabajo de Van der Steen es una pieza contundente para la comprensión de la génesis de la historia de un país, con sus certezas y sus dilemas, mostrando de manera clara que la formación de la memoria de un grupo no es un trabajo meramente artificial, sino que es una labor que es inherente a un espacio determinado y un contexto específico. A fin de cuentas, el principal recurso de la historia en común de los pueblos norteño y sureño fue el recuerdo. Y ese recuerdo indeleble, lleno de victorias, traumas y heridas, ha sido el elemento de lucha de varias generaciones que nunca olvidarán sus orígenes.